

LÁGRIMAS SOBRE EL VIENTO

A PARTIR DE LA OBRA POÉTICA DE LEÓN FELIPE

DRAMATURGIA

José Gabriel López Antuñano

DRAMATIS PERSONAE

León Felipe

Alter ego de León Felipe y estudiante

Mujer (Trini, Berta y Lucita) y estudiante

PARTE PRIMERA, AUTOBIOGRAFÍA

Otoño de 1968

La voz de León Felipe en off. El escenario se ilumina y sale Trini Corona.

TRINI.—Oigo su voz y me sobresalto... Estaba tan acostumbrada. Todas las noches, cuando le daba la cena...

LEÓN FELIPE.—Trini no se vaya. Platíqueme usted.

TRINI.—Le hablaba de las reuniones de la tarde con sus amigos, pero se ausenta...

LEÓN FELIPE.—¿Eres tú un Profeta, León Felipe?

¡Oh no!

Yo soy una cosa sin nombre
nacida de la Tierra.

Y sé menos que un labrador.

Soy un pobre ignorante labrador.

Tengo 81 años, estoy loco
y no sé para que me trajeron aquí.

Oigo unas voces confusas
y enigmáticas

que tengo que descifrar.

A veces las escribo sin descifrar
para que las descifremos entre todos
porque no quiero que me engañe el Oráculo.

Dicen que soy un hereje y un blasfemo; y otros aseguran
que he visto la cara de Dios.

¡No es verdad!

Yo no he visto más que mi propio rostro
cuando me miro en el espejo.

TRINI.—Nunca pensé durar tantos años. Cuando murió
Berta Gamboa, su mujer, doña Salud, la hermana de mi
señor, me tomó de la mano y me trajo a su casa. Abrió la
puerta y dije: ¡Chihuahua! Qué anciano está. Pero Dios
quiso que viviera diez años más... Nunca había conoci-
do a un poeta. Pensé que buscaría palabras lindas para
platicar...

LEÓN FELIPE.—La Poesía es el derecho del hombre
a empujar una puerta, a encender una antorcha,
a derribar un muro,

a despertar al capataz
 con un treno
 o con una blasfemia.

ALTER EGO.—Nací en Tábara. Mi padre era el notario y mi madre susurró la poesía en mis oídos, porque esas madres españolas, allá en Castilla sobre todo, donde yo abrí los ojos a la luz, tienen la costumbre de arrullar a sus hijos con unas canciones de cuna cuyo tono está tomado de las modulaciones más altas de los salmos. Son monstruosos lullabies, más para despertar que para dormir. En Zamora germinó un poeta recio.

LEÓN FELIPE.—No quiero el verbo raro
 ni la palabra extraña; quiero que todas,
 todas mis palabras
 —fáciles siempre
 a los que aman—,
 vayan unguidas
 con mi alma.

ALTER EGO.—Y quiero que mi traje,
 el traje de mis versos,
 sea cortado
 del mismo paño recio,
 del mismo
 paño eterno,
 que el manto de Manrique
 —como el de Hamlet, negro—
 amoldado
 a la usanza de este tiempo

y, además,
con un gesto
mío
nuevo.

LEÓN FELIPE.—Y
quiero
que sea superior a mí mismo
y extraño a mi cerebro...
que no sepa yo nunca
cómo y por qué le he hecho;
que ignore siempre
eso
que llaman manera
o procedimiento.

ALTER EGO.—Y quiero
Deshacer ese verso.

LEÓN FELIPE.—Quitadle los caireles de la rima,
el metro, la cadencia
y hasta la idea misma...
Aventad las palabras...
y si después queda algo todavía,
eso
será la poesía.

TRINI.—Felipe Camino Galicia de la Rosa, así se llamaba
antes de encontrar su nombre legítimo de camino en este
paisaje místico y austero, sin curvas ni sombras; de geometría
rectilínea y luz... ¡La luz altanera de Castilla!...

ALTER EGO.—... Que hierva la tierra y deja las figuras sin contorno. Ando buscando hace ya tiempo una autobiografía poemática que sea a la vez corta y confesional. Corta. Como una cédula, como una ficha, más corta aún, como una tarjeta de visita; como una inscripción en una piedra dura, como una llamada, como un nombre en la sombra. Busco un nombre solamente. Mi verdadero nombre (no mi nombre de pila ni mi nombre de casta), mi nombre legítimo, nacido del vaho de mi sangre, de mis humores y del viejo barro de mis huesos que es el mismo barro primero de la Creación, de donde salen las uñas y las alas.

LEÓN FELIPE.—Yo lo que quería era llamarme León-Felipe. Me parecía entonces un nombre mágico que alguna vez se había escrito con lágrimas y sangre.

TRINI.—De Tábara a Salamanca, para estudiar farmacia y poner una botica, pero se desgarró su corazón al ver el sufrimiento de los pordioseros. Cerró y...

LEÓN FELIPE.—Anduve... anduve... anduve... descalzo muchas veces, bajo la lluvia y sin albergue... solitario. Y también en el carro itinerario más humilde de la farándula española. Así recorrí España. Vi entonces muchos cementerios, estuve en humildes velorios aldeanos

y aprendí cómo se llora en los distintos pueblos españoles.
Blasfemé.

Viví tres años en la cárcel...

no como prisionero político,
sino como delincuente vulgar...

Comí el rancho de castigo con ladrones y grandes asesinos...

viajé en la bodega de los barcos;

les oí cantar sus aventuras a los marineros

y su historia de hambre a los miserables emigrantes.

ALTER EGO.—Quise ser redentor de malhechores y terminé como uno de ellos.

Madre no me riñas,

que ya nunca vuelvo a ser malo...

TRINI.—(*Lee un papel que le pasa Alter Ego*) No me riñas,
[madre...

que ya no vuelvo a llenarme de barro.

Madre... no me riñas,

que ya no vuelvo a manchar mi vestido blanco.

Madre...

cógeme en tus brazos...

acaríciame,

ponme en tu regazo...

Anda... madre mía,

que ya nunca vuelvo a ser malo.

Así...

Y arrúllame... y cántame... y bésame...

duérmeme... apriétame en tu pecho

con la dulce caricia de tus manos...

anda... madre mía

que ya no vuelvo a llenarme de barro.

Madre...

¿verdad que si ya no soy malo
me vas a comprar
un caballo blanco
y muy grande,
como el de Santiago,
y con alas de pluma
un caballo
que corra y que vuele
y me lleve muy lejos... muy alto... muy alto...
donde nunca pueda
mancharme de barro
mi vestido nuevo,
mi vestido blanco?...

LEÓN FELIPE.—¡Oh, sí, madre mía...
comprarme un caballo
grande
como el de Santiago
y con alas de pluma... un caballo blanco
que corra y que vuele
y me lleve muy lejos... muy alto... muy alto...
que yo no quiero otra vez en la tierra
volver a mancharme de barro!

ALTER EGO.—Con un hatillo me hice cómico de la legua.

TRINI.—No me imaginaba a este hombre, mayor y achacoso, interpretando a Hamlet, Edipo o dando cabriolas sobre un tablado... Platíqueme de sus tiempos de cómico.

LEÓN FELIPE.—¡Hombre!, todos quieren que yo les hable de mis aventuras de cómico de la legua y lo único que les cuento es que estuve en muchos cementerios y velorios aldeanos. Allí aprendí cómo se llora en los distintos pueblos de España.

TRINI.—Se encerraba en su mutismo pero, en su soledad, por la puerta entreabierta de su cuarto, escuchaba a media voz:

LEÓN FELIPE.—No soy el filósofo porque apenas alcanzo a discurrir.

Ni el sabio. Ni el gran buzo tampoco.

Ni el historiador porque no tengo memoria. Me reconozco a veces, sin embargo, por algunos indicios, en Edipo, en Fausto, en Prometeo, en Cristo... mas no soy irreverente ni orgulloso porque he visto mi imagen también en el gusano, en el lagarto y en la iguana.

ALTER EGO.—Que no se acostumbre el pie
a pisar el mismo suelo,
ni el tablado de la farsa,
ni la losa de los templos,
para que nunca recemos
como el sacristán
los rezos,
ni como el cómico
viejo
digamos
los versos.
La mano ociosa es quien tiene

más fino tacto en los dedos,
decía Hamlet a Horacio,
viendo
cómo cavaba una fosa
y cantaba al mismo tiempo
un sepulturero.

LEÓN FELIPE.—No
sabiendo
los oficios
los haremos
con
respeto.

Para enterrar a los muertos como debemos
cualquiera sirve, cualquiera...
menos un sepulturero.

Un día todos sabemos hacer justicia; tan bien como el rey
[hebreo, la hizo

Sancho el escudero
y el villano
Pedro Crespo...

Que no hagan callo las cosas
ni en el alma ni en el cuerpo...
pasar por todo una vez,
una vez solo y ligero, ligero, siempre ligero.

TRINI.—Le gustaban los personajes rebeldes, que se es-
capan de los papeles como Quijote a Cervantes o Edipo,
el hombre que se yergue frente a un Sófocles inmóvil... Y
Edipo avanza agarrado a las sombras, golpeando la tierra

con su báculo, las cuencas tenebrosas secas ya, y vacías, maldiciendo y blasfemando.

LEÓN FELIPE.—¿Por qué, por qué? ¿Por qué he venido yo a ser el asesino de mi padre y amante de mi madre?

TRINI.—Los dioses se espantan y reculan. Tal vez no es hora de hablar... Silencio... Edipo avanza todavía.

LEÓN FELIPE.—¿Por qué, por qué?

TRINI.—Va a golpear la puerta de su destino. Y ya no debe dar un paso más. No es hora de hablar todavía. Y la tierra se abre cortándole el paso. Los cielos se encabritan y solo la tormenta le acompaña.

LEÓN FELIPE.—Como Lear, Edipo cae al abismo que le espera a las plantas para engullirle. Y todavía, en el aire, su cuerpo de pelele baja gritando hasta lo más profundo de la sima: ¿Por qué? ¿Por qué?...

TRINI.—Y nadie le responde.

ALTER EGO.—Sófocles, Cervantes, Shakespeare, ¿para qué más? En un juego de sombras y de luces, en un contraste de climas que es España, Cervantes se ha movido mejor que ningún otro poeta del mundo. Shakespeare es maestro en este mecanismo también. Pero lo que en Cervantes es contraste vivo, de carne y hueso, en Shakespeare es solo contraste verbal. Shakespeare juega siempre con conceptos y frases y con personajes forasteros; con invenciones, con símbolos universales. Su arte es siempre artificio, virtud genial de comediante maravilloso que sabe

llorar por cualquiera, por gentes extrañas y lejanas, por fantasmas, por mitos... por Hécuba.

LEÓN FELIPE.—«¿Y qué le importa a él Hécuba y a Hécuba que le importa él para que así llore?»

ALTER EGO.—Hécuba, para Cervantes, es su patria, su casa... él mismo. Cervantes no juega, no ríe ni llora con un sueño, con una sombra remota, sino con la misma sangre y con la carne dolorida y condenada de su pueblo.

Cuando el Bachiller y unas fuerzas confabuladas derrotan a don Quijote en la playa de Barcelona, el poeta sabe que más tarde, tal vez tres siglos más tarde, en el mismo sitio, el mismo Bachiller (...) ha de derrotar a España para siempre.

LEÓN FELIPE.—A don Quijote le encontré en la cárcel. Entreví un poeta que quiere escribir sus poemas no con la punta de la pluma, sino con la punta de la lanza.

Allí donde está la imaginación ha de estar la voluntad en
[seguida,

con la espada,
con la carne,
con la vida,
con el sacrificio,
con el ridículo,
con la pantomima,
con el heroísmo,
con la muerte...

La metáfora poética desemboca entonces en la gran me-
[táfora social.

Esta es la intrépida metáfora demiúrgica que usa don
[Quijote.

Don Quijote metaforiza de este modo:
con la lanza en ristre
y ajustándose bien la visera de cartón sobre la frente
para ilustrar al populacho...
y la España palurda quedaba anonadada
oyendo aplaudir a las estrellas allá arriba,
en el tachonado firmamento
frío y transparente de Castilla.

Yo también puedo hacer estos milagros poético lumínicos
pero no me paro ahora a referirlos
por no hacer demasiado largo el relato.

TRINI.—Exhausto como Quijote, próximo a 1920, se ap-
senta en Madrid. ¡Qué años! Bohemio, miserable y limos-
nero, pasa algunas noches sentado en el banco de una
fonda, pues le niegan un catre para resguardarse del frío...

LEÓN FELIPE.—He dormido en el estiércol de las cuadras,
en los bancos municipales,
he recostado mi cabeza en la soga de los mendigos
y me ha dado limosna —Dios se lo pague—
una prostituta callejera...

Volví a blasfemar.
Quiero contarlo todo.
Que venga el pregonero,
el cura,
el psiquiatra,
el albañil...

Quiero que sepa todo el mundo
 cómo
 y de qué
 está construida mi casa.
 Otra vez,
 desesperado,
 quise escaparme por la puerta maldita y condenada
 y mi ángel de la guarda me tomó de los hombros
 y me dijo severo: no es hora todavía...
 hay que esperar.
 Y esperé.
 Y sufrí,
 y lloré otra vez.
 He visto llorar a mucha gente en el mundo
 y he aprendido a llorar por mi cuenta.
 El traje de las lágrimas
 lo he encontrado siempre cortado a mi medida.

ALTER EGO.—Viví en Norteamérica seis años, buscando
 [a Whitman,
 y no lo encontré. Nadie le conocía.
 Hoy tampoco lo conocen.
 ¡Pobre Walt!, tu palabra «Democracy»
 la ha pisoteado el Ku-Klux-Klan...
 y «aquella guerra», ay «aquella guerra» la perdisteis los dos:
 Lincoln y tú.

LEÓN FELIPE.—Llegué a México montado en la cola de
 [la Revolución.
 Corría el año 23...,

y aquí planté mi choza,
aquí he vivido muchos años,
aquí he vivido,
he llorado,
he gritado,
he protestado
y me he llenado de asombro.
He presenciado monstruosidades y milagros:
aquí estaba cuando mataron a Trotsky,
cuando asesinaron a Villa,
cuando asesinaron a cuarenta generales juntos...
y aquí he visto a un indito,
a todo México
arrodillado llorando ante una flor.

TRINI.—La poesía se apoya en la biografía. Es biografía hasta que se hace destino y entra a formar parte de la gran canción del destino del hombre.

ALTER EGO.—Cuando mis versos, como notas se alojan en la partitura del Viento.

LEÓN FELIPE.—El poeta le cuenta su vida primero a los
[hombres;
después, cuando los hombres se duermen, a los pájaros;
más tarde, cuando los pájaros se van, se la cuenta a los
[árboles...

Luego pasa el Viento y hay un murmullo de frondas.
Esto ha dicho el Viento:
que el pavo real levante la cola y extienda su abanico,
el poeta debe mover solo las plumas de sus alas.

Todo lo cual se puede traducir también de esta manera:
lo que cuento a los hombres está lleno de orgullo; lo que
[cuento a los pájaros, de música;
lo que cuento a los árboles de llanto.
Y todo es una canción compuesta para el Viento,
de la cual, después, este desmemoriado y único espectador
apenas podrá recordar una palabras.
Pero estas palabras que recuerde son las que no olvidan
[nunca las piedras.
Lo que cuenta el poeta a las piedras está lleno de eternidad.
Y esta es la canción del Destino, que tampoco olvidan las
[estrellas.

OSCURO

PARTE SEGUNDA, ESPAÑA

1938. Ruidos de guerra.

ALTER EGO.—Cuando el hombre doméstico, egoísta y tramposo degrada el mundo y todo lo rebaja; cuando las cosas no son lo que deben ser, lo que pueden ser, el mecanismo metafórico del poeta es el primer signo revolucionario. Y antes denuncia nuestras miserias el poeta que el moralista.

LEÓN FELIPE.—La primera aventura de don Quijote no es ni la de Puerto Lápice, ni la de los molinos, como quieren algunos. La primera aventura surge cuando el poeta

se encuentra con la realidad sórdida de España, después de salir de su casa, llevando en la mano la justicia (...) allí comienza la hazaña primera y única que ha de repetir a través de todo el peregrinaje del poeta.

ALTER EGO.—Don Quijote se encuentra en la venta del con un albergue sucio e incómodo, /

LEÓN FELIPE.—con un hombre grosero y ladrón, /

ALTER EGO.—con unas prostitutas descaradas, con una comida escasa y rancia, /

LEÓN FELIPE.—y con el pito estridente de un castrador de puercos. /

ALTER EGO.—Y dice enseguida:

LEÓN FELIPE.—Pero esto no puede ser el mundo; esto no es la realidad, esto es un sueño malo, una pesadilla terrible..., esto es un encantamiento. Mis enemigos, los malos encantadores que me persiguen, me lo han cambiado todo.

ALTER EGO.—Entonces su genio poético despierta, la realidad de su imaginación tiene más fuerza y puede más que la realidad transitoria de los malos encantadores, y sus ojos y su conciencia ven y organizan el mundo, no como es, sino como debe ser.

LEÓN FELIPE.—(*Se dirige a un estrado.*)

¿Habéis hablado ya todos?

¿Habéis hablado ya todos los españoles?

Ha hablado el gran responsable revolucionario,
 y los pequeños responsables;
 ha hablado el alto comisario,
 y los comisarios subalternos;
 han hablado los partidos políticos,
 han hablado los gremios,
 los Comités
 y los Sindicatos;
 han hablado los obreros y los campesinos;
 han hablado los menestrales:
 ha hablado el peluquero,
 el mozo de café
 y el limpiabotas.
 Y han hablado los eternos demagogos también.
 Han hablado todos.
 Creo que han hablado todos.
 ¿Falta alguno?

¿Hay algún español que no haya pronunciado su pala-
 [bra?...

¿Nadie responde?... (*Silencio.*)

Entonces falto yo solo.

Porque el poeta no ha hablado todavía.

(...)

Espanoles,

espanoles revolucionarios:

¡El hombre se ha muerto!

Callad, callad.

Romped los altavoces

y las antenas,
arrancad de cuajo todos los carteles que anuncian vuestro
drama en las esquinas del mundo.

¿Denuncias? ¿Ante quién?

Romped el Libro Blanco,
no volváis más vuestra boca con llamadas y lamentos hacia
la tierra vacía.

¡El hombre se ha muerto!

Y solo las estrellas pueden formar ya el coro de nuestro
trágico destino.

No gritéis ya más vuestro martirio.

El martirio no se pregona,

se soporta

y se echa en los hombros como un legado y como un
orgullo.

Españoles,

españoles revolucionarios.

¡Vamos a la muerte!

Que lo oigan los espías.

¿Qué importa ya lo que oigan los espías?

Que lo oigan ellos, los bastardos.

¿Qué importa ya que lo oigan los bastardos?

A estas alturas de la Historia

ya no se oye nada.

Se va hacia la muerte

y abajo queda el mundo irrespirable de los raposos y de los
que pactan con los raposos.

¡Vamos a la muerte!

¡Que despierte Valencia

y que se ponga la mortaja!...

ALTER EGO.—Escribí *La Insignia entre el fulgor y el rayo* para el Congreso Internacional de Escritores Antifascistas. No me permitieron leerlo. Allí la consigna era, no hablar con León Felipe, callar a León Felipe. Todos me dieron la espalda, menos César Vallejo que me dijo: Vamos a comer, León. Vamos a un restaurante donde nos vea todo el mundo.

BERTA.—Regresó a México en 1938 con lágrimas en los ojos. Me estrechó en un abrazo.

LEÓN FELIPE.—Que un día esa lágrima
 acabará taladrando el muro
 duro, negro y macizo del Misterio
 por donde entre una luz extraña que no hemos visto nunca.

BERTA.—¿Y eso lo va a hacer una lágrima?

LEÓN FELIPE.—Nadie más que ella lo puede hacer.
 Y romper ese muro es mucho más difícil
 que romper el cristal de una ventana.

BERTA.—Pero no es buen negocio, Mercader de Diamantes,
 no es buen negocio para usted vender lágrimas
 porque la lágrima es un artículo muy corriente en el mer-
 [cado del mundo
 y lo tiene cualquiera.

ALTER EGO.—Las lágrimas, que secaba mi mujer, surcaban mis mejillas: Impotencia, pesar, rabia... El último recurso ante a un pueblo atrapado por la dictadura.

LEÓN FELIPE.—Nuestras lágrimas son monedas cotizables.
Guardadlas todas... todas,
para las grandes transacciones.
Hay estrellas lejanas
y yo sé lo que cuestan.

BERTA.—No salía de casa. Se despertaba desasosegado; hablaba entredientes; escuchaba voces de los ausentes. Recordaba a Machado... con el que había compartido escalera en sus días de Barcelona

ALTER EGO.—Él vivía en el cuarto piso, yo en el quinto. Yo estaba fuerte y casi le subía a don Antonio en mis brazos. Parábamos a charlar en cada rellano. Empezábamos en el portal al filo de la medianoche y llegábamos rayando el día a nuestros pisos. Yo le quería mucho; él estaba fatigado y cansado por la vida. Era tan gran hombre como poeta.

BERTA.—Salía de sus recuerdos y ahogaba penares con la escritura. Un día del verano de 1939, exclamó sin melancolía.

ALTER EGO.—Estos poemas se encerrarán en *Español* del éxodo y del llanto y los leeré en el Palacio de Bellas Artes de México, en una velada organizada por la Casa de España, el próximo 12 de septiembre de 1939.

LEÓN FELIPE.—La España de las harcas no tuvo nunca poetas. De Franco han sido y siguen siendo los arzobispos, pero no los poetas (...) Sin el poeta no podrá existir España. Que lo oigan las arcas victoriosas, que lo oiga Franco:

Tuya es hacienda,
la casa,
el caballo
y la pistola.

Mía es la voz antigua de la tierra.
Tú te quedas con todo
y me dejas desnudo y errante por el mundo...
mas yo te dejo mudo... ¡Mudo!
¿Y cómo vas a recoger el trigo
y alimentar el fuego
si yo me llevo la canción?

BERTA.—Todavía respiraban esos poemas el aire de un
exilio que creía breve.

LEÓN FELIPE.—No preguntéis,
no preguntéis a los loqueros, relojeros,
preguntadle al comadrón.
No preguntéis tampoco
al hombre de los mapas y de los argumentos;
no preguntéis al estratega
ni preguntéis al dialéctico.
Mirad el cielo.
Vienen solas y negras dos nubes contrarias
preñadas de agua y de fuego.

ALTER EGO.—Preguntad al comadrón: ¿qué parirán?,
[¿qué parirán?
¿Habrà diluvio o habrá incendio?

LEÓN FELIPE.—Llanto.

ALTER EGO.—Construyamos un Arca
como en el Viejo Testamento.

LEÓN FELIPE.—¡Ya es tarde, ya es tarde!
(pasa iracundo resoplando el viento).
Escuchad otra voz:

ALTER EGO.—Hay que tomar la espada
y elegir un ejército.
Uno de los ejércitos del mundo.
No hay más que dos ejércitos.

LEÓN FELIPE.—Español del éxodo y del llanto,
que llegas a México,
no te sientes tan pronto
que aquí sopla aún el viento,
el mismo viento
que derribó la torre
de tu pueblo...
No digas en seguida
allá yo era un esclavo
y aquí soy un liberto,
porque la tierra entera está imantada
y caminamos todos con zapatos de hierro.
Se ha muerto un pueblo pero el hombre
no se ha muerto. De nuevo
tomad todos las espada
y elegid un ejército.

BERTA.—León cumplió 60 años en 1944 y por entonces
decía: ni he aprendido un oficio, ni sé pelar una patata y

las faltas de ortografía todavía me las corrige mi mujer. Intentaba que hablara quedo, como en México, pero León no se corregía.

LEÓN FELIPE.—Ese tono levantado del español es un defecto de raza, lo sé. Viejo e incurable. Tenemos los españoles la garganta destemplada y en carne viva. Hablamos a grito herido y estamos desentonados para siempre porque tres veces, tres veces, tres veces tuvimos que desgañitarnos en la historia hasta desgarrar la laringe.

La primera fue cuando descubrimos este continente y (...) gritamos: ¡Tierra! ¡Tierra! ¡Tierra! (...) La segunda fue cuando salió por el mundo grotescamente vestido, con una lanza rota y con una visera de papel, aquel estrafalario fantasma de la Mancha, lanzando al viento desafortadamente esta palabra olvidada por los hombres: ¡Justicia! ¡Justicia! ¡Justicia! (...)

El otro grito es más reciente. Yo estuve en el coro. Aún tengo la voz parda de la ronquera. Fue el que dimos sobre la colina de Madrid, año 1936, para prevenir a la majada, para soliviantar a los cabreros, para despertar al mundo: ¡Eh! ¡Que viene el lobo! ¡Que viene el lobo! ¡Que viene el lobo!... (...) Nadie le oyó (...) se cerraron todos los postigos, se hicieron los sordos (...) y todavía ahora no hacen más que preguntar como los pedantes: ¿pero por qué habla tan alto el español?

Sin embargo, el español no habla alto (...) el español habla desde el nivel exacto del hombre, y el que piense que habla demasiado alto es porque escucha desde el fondo del pozo.

BERTA.—Era un castellanote adusto y seco, de rostro severo y habla destemplada. No escribió poesía amorosa, aunque hacía suya unas palabras de su admirado Walt Whitman: aquel que camina una sola legua sin amor, camina amortajado en su propio funeral. Me dedicó *Versos y oraciones del caminante* y me llenó con su pasión

LEÓN FELIPE.—Te vi pasar por la nube
y salir limpia y libre
buscando el corazón de una estrella.
Ibas
derecha... derecha...
¿En dónde te habrás clavado
cuando hayas vuelto —sin fuerza,
vencida ya— otra vez hacia la tierra?

BERTA.—¿Vencida? No ¿En qué pecho,
en qué corazón virginal y balbuciente de poeta
—¡victoriosa! ¡¡victoriosa!!— al caer
ha(s) hecho blanco, saeta?

LEÓN FELIPE.—Te vi pasar por la nube
y salir limpia y libre...
Fuiste derecha, derecha
al corazón de una estrella.

ALTER EGO.—Amaba mucho a mi compañera. En silencio, soportaba mis gritos contra la injusticia, mis arrebatos contra la sinrazón de una España bajo la dictadura; la desesperación contra toda esperanza porque la profecía de Macbeth, que hice en *El asesino del sueño*, no se cumplía.

Franco seguía. Mis entrañas se degarraban entre las dos Españas.

¿Por qué habéis dicho todos
que en España hay dos bandos,
si aquí no hay más que polvo?

LEÓN FELIPE.—En España no hay bandos,
en esta tierra no hay bandos,
en esta tierra maldita no hay bandos.
No hay más que un hacha amarilla
que ha afilado el rencor.
Un hacha que cae siempre,
siempre,
siempre,
implacable y sin descanso
sobre cualquier humilde ligazón: sobre dos plegarias se
[funden,

sobre dos herramientas que se enlazan,
sobre dos manos que se estrechan.

La consigna es el corte,
el corte,
el corte,
el corte hasta llegar al polvo,
hasta llegar al átomo.
Aquí no hay bandos,
aquí no hay bandos,
ni rojos
ni blancos
ni egregios
ni plebeyos...

Aquí no hay más que átomos,
átomos que se muerden.
España,
en esta casa tuya no hay bandos.
Aquí no hay más que polvo,
polvo y un hacha antigua,
indestructible y destructora
que se volvió y que se vuelve
contra tu misma carne
cuando te cercan los raposos.
Vuelan sobre tus torres y tus campos
todos los gavilanes enemigos
y tu hijo blande el hacha
sobre su propio hermano.
Tu enemigo es tu sangre
y el barro de tu choza.
¡Qué viejo veneno lleva el río
y el viento,
y el pan de tu meseta,
que emponzoña la sangre,
alimenta la envidia,
da ley al fratricidio
y asesina el honor y la esperanza!
La voz de tus entrañas
y el grito de tus montes
es lo que dice el hacha:
«Este es el mundo del desgaje,
de la desmembración y la discordia,
de las separaciones enemigas,
de las dicotomías incesables,

el mundo del hachazo... ¡mi mundo!
 dejadme trabajar».
 Y el hacha cae ciega, incansable y vengativa
 sobre todo lo que se congrega
 y se prolonga:
 sobre la gavilla
 y el manojo,
 sobre la espiga
 y el racimo, sobre la flor
 y la raíz,
 sobre el grano
 y la simiente,
 y sobre el polvo mismo
 del grano y la simiente.
 Aquí el hacha es la ley
 y la unidad del átomo,
 el átomo amarillo y rencoroso.
 Y el hacha es el que triunfa.

BERTA.—¡León! Ven a comer. Tengo gazpacho, ensalada de aguacate y un filete de pescado y café chiapaneco.

ALTER EGO.—Inapetente. Ese es mi estado cuando pienso en España. Escribo, pintarrajeo sus límites. Diré algo más sobre mi patria.
 En el mapa de mi sangre, España limita todavía:
 Por el oriente, /

LEÓN FELIPE.— con la pasión,

ALTER EGO.—al norte, /

LEÓN FELIPE.— con el orgullo,

ALTER EGO.—al oeste, /

LEÓN FELIPE.— con el lago de los estoicos

ALTER EGO.—y al sur, /

LEÓN FELIPE.— con unas ganas inmensas de dormir.

ALTER EGO.—Geográficamente, sin embargo, ya no cae en la misma latitud.

LEÓN FELIPE.— Ahora:
mi patria está donde se encuentre aquel pájaro luminoso
[que vivió hace ya tiempo
en mi heredad.

Cuando yo nací ya no le oí cantar en mi huerto.

Y me fui en su busca, solo y callado por el mundo.

Donde vuelva a encontrarlo, encontraré mi patria porque
[allí estará Dios.

Un día creí que este pájaro había vuelto a España y me
[entré por mi huerto nativo
otra vez.

Allí estaba en verdad, pero voló de nuevo y me quedé solo
[otra vez y callado en el
mundo,

mirando a todas partes y afilando mi oído.

Luego empecé a gritar... a cantar.

Y grito y mi verso no han sido más que una llamada otra vez,
otra vez un señuelo para dar con esta ave huidiza

que ha de decir dónde he de plantar la primera piedra de
[mi patria perdida.

BERTA.—La casa se inundaba de alegría cuando llegaban unos jóvenes para platicar de poesía. León se transformaba. Hablaba sin inhibiciones.

LEÓN FELIPE.—Antonio Machado y García Lorca eran excelentes poetas y personas. Les quise mucho. Con Lorca viví en Nueva York, aunque *Poeta en Nueva York* no sea el poema que más me guste. Tenía un magnetismo difícil de explicar. Pero no olvidéis a Luis Cernuda, antipático, y Emilio Prados, al que algún día se le hará justicia. Para mí era de los tres poetas andaluces el que más valía.

ESTUDIANTE 1.—Repasábamos sus filias y fobias.

ESTUDIANTE 2.—Alberti, anoto, no se entiende sin María Teresa León. Escribe una poesía alegre, pero la militancia comunista le ha impedido dar el do de pecho; Juan Ramón Jiménez, un poeta de gabinete y laboratorio.

ESTUDIANTE 1.—¿Miguel Hernández?

LEÓN FELIPE.—Fue una lástima que nos lo quitaran tan pronto. Era muy bueno, pero no dio todo lo que tenía que dar.

ESTUDIANTE 2.—¿Dámaso Alonso?

LEÓN FELIPE.—Buen poeta, aunque un zorro y borrachín.

ESTUDIANTE 1.—¿Aleixandre?

LEÓN FELIPE.—Vicente es poeta porque la poesía es la voz del hombre.

ESTUDIANTE 2.—¿Gerardo Diego?

LEÓN FELIPE.—La gran moñiga.

ESTUDIANTE 1.—¿Celaya, Blas de Otero?

LEÓN FELIPE.—El uno un camelo; Otero está mejor, pero con la dificultad de los vascos, su palabra es dura.

ESTUDIANTE 2.—¿Pemán, Garciasol, Luis Felipe Vivanco?

LEÓN FELIPE.—José María es un caballero; Garciasol tiene un verso duro y oscuro;... y Vivanco, este fue el que dijo: Juan Ramón es el poeta de la eternidad, Machado el de la temporalidad y yo el de la actualidad.

ESTUDIANTE 1.—¿Y Whitmann?

LEÓN FELIPE.—Walt es un poeta totalitario.

Contra el totalitarismo del odio
no hay más que el totalitarismo del amor
«Y aquel que camina una sola legua sin amor, camina
[amortajado hacia su propio
funeral]»

Pero esto no lo han aprendido aún
ni Chamberlain
ni Churchill
ni Roosevelt siquiera
¡Está el hombre sin salida, al borde del barranco,
y se habla todavía de salvar un imperio!
(...) Walt es sangre de vuestra sangre,
de vuestra sangre demócrata y heroica.
Y este es vuestro negocio ahora —gritadlo alto en la
[Bolsa— vuestro gran negocio.

Apostar hoy por Whitman el heroico.
 Ya apostasteis ayer por Whitman el demócrata.

ESTUDIANTE 2.—¿Desde dónde escriben los poetas?

LEÓN FELIPE.—Tal vez todo el secreto esté en esta pre-
 [gunta.

¿Hacia dónde se abre esa puerta?

¿Quién está allí?

¿Qué hace allí aquel hombre sentado?

¿Quién es?

¿Por qué no se levanta?

Le llaman,

le llaman,

le llaman todos...

y él sigue escribiendo...

¿Qué escribe?

¿para quién escribe?

¿desde dónde escribe?

Esta es la pregunta:

¿Desde dónde escriben los poetas?

ALTER EGO.—Se escribe dentro de un plan que el poeta
 ignora al comenzar y que conoce solo el Viento.

LEÓN FELIPE.—El anónimo Viento, el vagabundo y des-
 [castado Viento

que sopla las velas saladas de la Historia,

estofa la túnica de Judas,

persigue a la Luz enamorado,

la alcanza, la viola...

y al fin la crucifica en dos maderos.

Todo lo hacemos entre todos...
todo lo hincha y deshincha el Viento,
ese maravilloso actor del mundo, Señor Arcipreste,
el Viento, el Viento, el Viento
que un día puede derribar este monótono escenario
para contar de otra manera el cuento.

BERTA.—León escribía en el *Poema del Viento* una larga
fila de ofrendas dolorosas y de lágrimas recogidas por to-
dos los caminos; le desgarraba la injusticia que cubría su
patria; su corazón se ensangrentaba cuando alguno le de-
cía, León no eres español. Gritaba:

¿Quién ha dicho que yo no soy español?...

¡soy español!

Tal vez soy el español desconocido...

Me echaron un día de casa,
dijeron que yo era la oveja negra de la familia,
y nadie se ha acordado ya de mí.

Atronaba con su voz:

LEÓN FELIPE.—BASTA.

Basta ya.

Basta ya de generaciones.

No hay generaciones...

ni mojones ni calendarios.

El tiempo camina sin cesar
y el hombre camina sin pararse.

De Caín a Hitler

no hay más que un río de sangre
y de Adán hasta mí

un camino de sombras.
 No hay más que un camino y un caminante.
 Yo soy el caminante
 y detrás de mí no hay nadie...
 y delante tampoco.
 El hombre camina y camina...
 Hala... hala... hala...
 y se caen las torres
 y los muros de hierro
 y el hombre caminando
 hala... hala... hala...
 no hay generaciones,
 ¡degollad las Crónicas!
 solo un camino
 largo
 largo
 largo
 y un caminante.
 (¿Pobre Hombre!
 ¡qué cansado estás!)
 Pero no hay que pararse
 hala...
 hala...
 hala...
 —¿Adónde vamos? /

BERTA.— Cállate... ya lo sabrás...
 Camina.

OSCURO

PARTE TERCERA, OSCURIDAD

LUCITA.—(*Lee.*) No tengo otra cosa mejor para poner en tus manos que este libro herético y desesperado. Soy un viejo pobre y un pobre viejo. Perdóname esta doble pobreza, «Lucerito»..., y deja que te bese las manos, esas manos misericordiosas de santa que amortajaron a Berta y le cerraron los ojos. México, mayo de 1957. León Felipe. La muerte de Berta Gamboa llenó de dolor sus entrañas. Y escribió con retazos de su biografía *El ciervo*, su libro preferido y una de las obras más articuladas y reconocidas.

GUARDIÁN (ALTER EGO).—Ya estás aquí.

HOMBRE (LEÓN FELIPE).—Me trajeron cuando estaba
[dormido.
Yo no pedí nada. Yo no dije a nadie que me trajese.

GUARDIÁN.—Pero estás aquí.

HOMBRE.—¿Y qué tengo que hacer?

GUARDIÁN.—Puedes asomarte a la ventana...
Puedes mirar el mar, el río, el puente...
y el camino que sube a la montaña.
Sobre la montaña verás el sol y las estrellas...
Y si tienes buena vista
tal vez columbres a Dios, escondido en las nubes
y sentado en el columpio del triángulo metafísico.

HOMBRE.—(Fumando, satisfecho, su gran pipa de artista.)

GUARDIÁN.—Allá en el valle sopla el viento,
 el abanico del viento moviendo los árboles
 y llevando y trayendo sin cesar las hojas y los pájaros.
 Aquí más cerca están:
 el lobo y el cordero,
 el gavián y la paloma...
 el ciervo herido... y el hombre con su lanza o su escopeta.

HOMBRE.—¿Ese soy yo?

GUARDIÁN.—¡Ese eres tú!

HOMBRE.—Y aquello... ¿qué es aquello?

GUARDIÁN.—¡El amor!... el comisario alucinado,
 el encargado de que haya uno siempre aquí
 mirando sin cesar por la ventana
 este hermoso paisaje invariable de girándula
 pintado por Dios.

HOMBRE.—Dios... ¡Gran pintor invisible!

GUARDIÁN.—Ya te he dicho que Dios está allá arriba... lejos...
 más allá de la montaña, al otro lado del camino.

HOMBRE.—Tomando perspectiva... y fumando su gran
 pipa de barro,
 para que haya siempre nubes al fondo del paisaje.

GUARDIÁN.—Mirando complacido su obra...

HOMBRE.—(«Vio que todo era bueno»... y sonrió.)

GUARDIÁN.—Mirándote a ti... mirándote siempre.

HOMBRE.—Y ¿para qué me mira?

GUARDIÁN.—Para que no te caigas, para que no te borres.

HOMBRE.—¿Y si me caigo o me borro?

GUARDIÁN.—Mandaré otro el Amor para que siga mirando.

HOMBRE.—Y ¿si se borra también?

GUARDIÁN.—Mandaré otro.

HOMBRE.—¿Y luego?

GUARDIÁN.—Otro.

HOMBRE.—¡Infatigable comisario!

GUARDIÁN.—Siempre tiene que haber uno aquí que mire al través de la ventana —miramos y nos miran— este hermoso paisaje invariable de girándula...

HOMBRE.—Y ¿cómo estoy yo allí en el cuadro y aquí también asomado a la ventana?

GUARDIÁN.—La ventana es un sueño.

HOMBRE.—¿Un sueño?

GUARDIÁN.—El mirador del sueño, y el que mira por ella es el poeta.

HOMBRE.—¿Soy yo el poeta?

GUARDIÁN.—El poeta es el hombre que mira, y a ti te toca ahora mirar —nos miran y miramos—.

HOMBRE.—¿Mirar nada más?

GUARDIÁN.—Luego, si quieres,
puedes cantar una canción o un himno
dando gracias a Dios que te ha elegido
para venir aquí
y mirar sin cesar por la ventana...

HOMBRE.—¡Este hermoso paisaje invariable de girándula
donde hay siempre un ciervo herido
y un hombre con su lanza o su escopeta...!
¿No es así?

GUARDIÁN.—Así es, en efecto.

HOMBRE.—¿Y eso es todo?

GUARDIÁN.—Sí. Todo y para siempre.

HOMBRE.—¿Para siempre?

GUARDIÁN.—Eternamente.
Porque «lo que ha sido es lo que será,
y lo que se ha hecho, lo que se volverá a hacer».

HOMBRE.—¿Lo ha dicho así el señor de la Heredad?

GUARDIÁN.—Lo ha dicho su mayordomo el Arcipreste.

HOMBRE.—¿Quién es el Arcipreste?

GUARDIÁN.—El gran predicador, el hijo de David.

HOMBRE.—Ah, sí... El moscardón negro de la Biblia, el
cuco del Eclesiastés.

GUARDIÁN.—Fue rey de Israel, allá en Jerusalén.

HOMBRE.—Pues que toquen el órgano
en su registro más grave
porque voy a cantar.

LUCITA.—Imposible sacarle de sus recuerdos, soledad y
silencio. Se encerró para ver cómo pasaba el tiempo.

LEÓN FELIPE.—Solo para que saliera el arco iris
Estuvieron lloviendo y lloviendo
Millones y millones
De siglos astronómicos, los cielos.
Y solo para que me salieran estos ojos que ven el arco iris
¿cuánto ha llorado el hombre? —¿Qué es el Tiempo?
Ya conocéis mi calendario...
Hay que contar por mares y por sueños:
Llorar... dormir,
Llorar... dormir,
Llorar... dormir,
El Mar... la Muerte... el tiempo
Llorar... dormir,
Llorar... dormir,
Llorar... dormir,
Llorar... dor... dor... dor... ¡Quieto!
El péndulo se ha roto...
Dejadme aquí en el sueño.
En la Nada. La Nada es el para siempre detenido
Reloj del Universo.

LUCITA.—Escuchaba el tic-tac del reloj; despertaba envuelto
en recuerdos, obsesionado con Berta, con su Bertuca.

LEÓN FELIPE.—En tu agonía, amor.
 ¡Cuánto le costó a la muerte apagarle los ojos!
 Sopló una vez,
 dos veces,
 tres veces —¡bien lo vi!—
 y tus ojos siguieron encendidos.
 Alguien dijo:
 Ya no tiene ni sol ni sal en las venas
 y los ojos no se le apagan.
 Yo llegué a pensar que no se apagarían nunca,
 que quedarían encendidos
 para siempre
 como las alas de una mariposa de oro
 eternamente abiertas
 sobre los despojos de la muerte.
 Al fin todo se hundió...
 y tu mirada se torció y se deshizo
 en un cielo turbio y revuelto...
 Y ya no vi más que mis lágrimas. «Bertuca»

ALTER EGO.—Otras veces pasaban por mi memoria como
 fantasmas muertos: Moreno Villa, Canedo, Albornoz, Do-
 menchina, Rioja, Arteta, Giral, Llano de la Encomienda,
 Dorronsoro...
 La letanía es larga... larga, larga, larga...
 Y ya no tengo memoria.

LEÓN FELIPE.—Se me cansa la mano.
 la letanía es larga... larga, larga, larga...
 y ya no tengo memoria.

Se me cansa la mano.
Ya no veo bien...
Sé que faltan muchos... ¡Perdonadme!
¡A todos os debo una elegía!
Y a ti.. a ti... español desconocido,
pobre refugiado anónimo
cuyo nombre se ha borrado ya
de tu humilde cruz de madera...
¡a ti... a ti también te debo una elegía!
¿Y qué es una elegía?
Una elegía es una lágrima...
lloremos... calladamente lloremos.
Y una plegaria, es también una elegía...
Recemos... calladamente recemos.
Y una elegía... es, sobre todo, silencio.
¡Callemos!... ¡callemos!
¡Oh, Las piedras calladas de los cementerios!
¡No digamos nada!
¡Ya lo hemos dicho todo!
Borrad las palabras funerarias...
los retóricos lamentos.
¡Que lo deshaga todo el viento!
Los hipos,
las congojas,
los cánticos...
¡Apagad las campanas!
¡Silencio!... ¡Silencio!
Ante la muerte solo vale el silencio...
¡Shist...!
Silencio!

LUCITA.—Recuerdos de amigos, recuerdos de España con la libertad usurpada, que atraviesa su Quijote montado en su jamelgo.

LEÓN FELIPE.—¡Oh, aquella vez, Rocinante, en que la palabra «Justicia» te llevó ciegamente hasta las aspas del Molino! Allí estás desde hace cuatro siglos. Allí te veo ahora todavía pataleando como un pelele en el Viento, ¡grotescamente! ¡¡en la picota de la fama!! ¡Cuántas veces me he visto yo también así: grotesco, en la picota de la fama, y cuántas he visto a Cristo así también grotesco en su cruz... en la picota de la fama!

LUCITA.—Estudiantes y poetas, sus amigos, Pablo Fernández Márquez, el más entrañable, Cesarman, Parés, Nieto... todos le visitábamos en su casa, en el 73 de la calle de Miguel Schultz, sin conseguir sacarle de su mutismo.

LEÓN FELIPE.—Aquí estoy solo... Siempre solo... Siempre entre el relámpago y el trueno... en este irascible fogonazo, que es la vida, lleno de angustia y de pavor. Esto es lo que sé... esto es lo que puedo decir. ¿Qué otra cosa puedo preguntar? ¿Cómo se llama Dios?

¿Cómo me llamo yo?
Dios se llama «Misterio».
Yo me llamo «Misterio».
No hay más que sombras, sombras, sombras..
Y este irascible fogonazo, que es la vida,
lleno de angustia y de pavor..
que también se llama «Misterio».

LUCITA.—Se acostaba tarde, no dormía hasta la madrugada. Trini entre sueños le escuchaba los delirios.

LEÓN FELIPE.—Hace mucho frío aquí en la tierra.
Estaba durmiendo bajo un puente.

ALTER EGO.—Es invierno.
Un invierno muy duro...

LEÓN FELIPE.—Entonces fue cuando me dije:
¿Por qué no te vas al cielo,
a hablar con tus amigos los ángeles?
Y me metí por la gatera que conocéis
de la puerta trasera del cielo.
Vino un ángel a ayudarme a entrar..
¡y entré! (claro que de mosca como siempre)
y me dijo el ángel cariñoso:

ALTER EGO.—Pero León Felipe, ¿cómo te atreves con
[esta noche?

LEÓN FELIPE.—Vine a confortarme.
Ahí abajo hace mucho frío.

ALTER EGO.—Pero aquí no tenemos estufa
y el sol no sale hasta mañana.
Nosotros somos invulnerables al frío y al calor...
pero tú...
¡y con esos harapos!
no sé cómo puedes tocar el violín.

LEÓN FELIPE.—Pues mira, ahora lo toco mejor que nunca.
Me voy a morir dentro de unos días...
y un poeta moribundo
es cuando toca mejor el violín.
Me voy a morir y tengo mucha prisa.
Tengo mucha prisa
y quiero tocar algo nuevo antes
de marcharme definitivamente de la tierra.

ALTER EGO.—¿Nuevo?... ¡mira que eso es muy difícil!

LEÓN FELIPE.—Sí, nuevo;
es un truco de circo que se me ha ocurrido anoche:
Voy a tocar mi última canción...
y la voy a tocar caminando
no por la cuerda floja como hacen algunos payasos y poetas...
la voy a tocar caminando por el círculo fino de un aro de
[madera.

ALTER EGO.—¿De un aro como esos de los niños?

LEÓN FELIPE.—Un poco más grande:
es un gran cero.
Dentro del cero está la Nada,
fuera estáis vosotros los ángeles.

Voy a tocar y a tocar
dando vueltas y vueltas
hasta que se me vayan acabando las fuerzas.
se me verá tocando ya como un sonámbulo...
Como un moribundo
expirando, casi
expirando...
expirando...
hasta caer.
¡Ya!
¿Y hacia dónde caeré?
¿hacia dentro?
¿en el cero...
dentro de la Nada?
¿o hacia fuera...
donde estáis vosotros para recogerme?

ALTER EGO.—Estás delirando, León Felipe,
pero... ¿Por qué lloras?

LUCITA.—Cumplió los 80. Escribió varios poemas para celebrar su onomástica. Eran canciones de despedida. Se apagaba. Invierno tras invierno resistía hasta aquel 18 de septiembre de 1968. Antes, desde la atalaya de la vejez, con su voz rasgada...

LEÓN FELIPE.—Soy ya tan viejo,
y se ha muerto tanta gente a la que yo he ofendido
y ya no puedo encontrarla
para pedirla perdón.
Ya no puedo hacer otra cosa

que arrodillarme ante el primer mendigo
 y besarle la mano.
 Yo no he sido bueno...
 quisiera haber sido mejor.
 Estoy hecho de un barro
 que no está bien cocido todavía.
 ¡Tenía que pedir perdón a tanta gente!...
 Pero todos se han muerto.
 ¿A quién le pido perdón ya?
 ¿A ese mendigo?
 ¿No hay nadie más en España...
 en el mundo,
 a quien yo deba pedirle perdón?...

Voy perdiendo la memoria
 y olvidando todas las palabras...
 Ya no recuerdo bien...
 Voy olvidando... olvidando... olvidando...
 pero quiero que la última palabra,
 la última palabra, pegadiza y terca,
 que recuerde al morir
 sea esta: PERDÓN.

FINAL ■